

Monseñor Dupanloup llega en fin á la Enciclopedia. ¿Por qué ha sublevado la conciencia general? Porque ataca en su base, que es la soberanía de las naciones, á las sociedades políticas. La cuestión es grave, y merecía la pena de ser discutida. Pues bien, el obispo de Orleans, que se detiene con complacencia en señalar errores de que nadie se hace defensor, pasa como por cima de las brasas sobre aquellas graves cuestiones; ni una palabra sobre el poder directo ó indirecto del papado; ni una palabra sobre la pretensión que tiene la Iglesia de formar un Estado dentro del Estado; ni una palabra sobre las inmunidades; ni una palabra sobre la libertad eclesiástica, sinónimo de dominación. Una ó dos frases, hé ahí todo lo que encuentra que decir; y aun en estas pocas palabras hay una nueva astucia: monseñor da á entender "que hasta se niega al poder eclesiástico el derecho de procurar la ejecución de sus mandatos por medio de censuras canónicas", é insinúa también que se niega á la Iglesia "el derecho de trazar reglas á la conciencia de sus hijos sobre el uso de las cosas temporales". ¿Es á eso á lo que está reducido el secular debate entre la Iglesia y el Estado?

La Enciclica condena la proposición siguiente: "El pontífice romano puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna". De ahí ha deducido todo el mundo "que el papa se declara irreconciliable con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna". Pues todo el mundo se engaña. Monseñor Dupanloup dice que los adversarios de la Enciclica saben menos que el último de los estudiantes de filosofía en el seminario. ¿Cómo así? Porque no conocen la doctrina de las contradicciones, una de esas distinciones jesuíticas que M. Scherer califica de desleales. Nosotros recomendamos á monseñor otra ciencia, la de los hechos. La historia nos enseñará seguramente, como dice el obispo de Orleans, "que es una loca fantasía, y peor que eso, una injusticia y hasta una ingratitud suprema el decir que Pío IX condena lo que hay de verdaderamente liberal en el liberalismo". Bien se deja ver que hay aquí una distinción entre el verdadero y el falso liberalismo. Y dicho se está que el falso liberalismo es el de los liberales, el de los filósofos, el de la Asamblea constituyente, y que el verdadero liberalismo es el que se enseña en los seminarios y el que también se practica en Roma. ¿Quién lo hubiera pensado nunca!

Los librepensadores reprochan al catolicismo el ser incompatible con la libertad y con la civilización; no hay más que un medio de tapparles la boca, y es el de probarles, con la historia en la mano, lo que ha hecho la Iglesia por la libertad. Sobre esto, en lugar de hechos, nos da el obispo académico un trozo de elocuencia: "El cristianismo se ha llamado la libertad cuando ha abolido la esclavitud." ¿Y las pruebas, monseñor? ¿Será sin duda el testimonio de San Pablo, que dice á los esclavos que la servidumbre vale más que la libertad? ¿Será tal vez la autoridad de los doctores y de todos los Padres, hasta Bossuet inclusive, que enseñan que la esclavitud es de derecho divino? "El cristianismo, continúa el obispo de Orleans, ha luchado contra todos los despotismos imaginables, y ha defendido alternativamente á los pueblos contra la tiranía de los reyes, y á éstos contra la anarquía de los pueblos." Esto es de fórmula en vuestro campo, monseñor; pero ¿y la prueba? ¿Sería condenando la *Carta Magna*, sería tal vez haciendo una guerra á muerte á los municipios como habría defendido la Iglesia á los pueblos contra la tiranía de los príncipes? ¿Sería tal vez sublevando las ciudades lombardas contra los emperadores y desligando á los pueblos del juramento de fidelidad como habrían defendido los papas á los reyes contra la anarquía popular?

Después de haber escrito esas frases banales acerca de los beneficios de la Iglesia, exclama monseñor Dupanloup: "Hé ahí cómo se desvanece esa fantasmagoría miserable, ese pueril espantajo de una declaración de irreconciliable antagonismo hecha por el papa á la sociedad moderna." Los ladrones gritan ¡al ladrón! cuando se les sorprende en flagrante delito. El obispo de Orleans, cuya apología es un tejido de quiméricas fantasmas, exclama también: ¡fantasmagoría!... ¡Qué imprudencia, monseñor! A los ladrones no les sirve gritar ¡al ladrón!, porque se les prende y se les cuelga; sus mismos gritos deponen contra ellos. ¿No teméis que os suceda lo mismo? La causa de la Iglesia debe estar perdida de antemano, cuando un abogado tan hábil se ve obligado á emplear tanta astucia para engañar á sus jueces. Vuestra defensa se volverá contra aquellos que habéis querido defender. Hay todavía una palabra imprudente que se os ha escapado de los labios en el calor de vuestra indignación; escribiendo al *Journal des Débats*

deciais (1): "Se quiere desfigurar á la Iglesia cubriendo sus facciones y su palabra con una máscara grosera, y se la representa irracional, envejecida y odiosa." ¡Cómo! monseñor, ¿os atrevéis á hablar de máscara, cuando estáis al frente de un partido en que todo el mundo está enmascarado? Si, vuestra Iglesia lleva una máscara, y nosotros vamos á arrancársela, es la máscara de la libertad.

SECCIÓN 2.^a

EL ULTRAMONTANISMO Y EL ESTADO

§ 1.—La idolatría del papado.

I

La Iglesia reclama el poder espiritual, y pretende que se lo ha dado el mismo Dios. Hay hombres políticos, hay escritores católicos que la reconocen ese poder; pero no quieren que la Iglesia pretenda ningún poder sobre lo temporal. Esto es aceptar el principio y rechazar las consecuencias, sólo que en los principios hay una fuerza irresistible que triunfa de la inconsecuencia humana. Desde el momento que se admite que Jesucristo, Hijo de Dios, ha dado á su Iglesia el poder espiritual, la necesidad lógica lleva á atribuirle también una dominación directa ó indirecta en el orden civil y político. La historia lo confirma á cada página desde que el cristianismo ha llegado á ser religión del Estado, y nosotros hemos hecho mil veces la observación en el curso de estos Estudios. La reacción ultramontana es la prueba palpable de lo que acabamos de decir. Hay quien se admira y se inquieta por las pretensiones que tiene la corte de Roma en pleno siglo XIX para con los reyes y los pueblos, viendo la audacia singular que respiran el lenguaje y los actos del jefe de la Iglesia. Los escritores protestantes dan á cada paso voces de alarma, y un historiador alemán, sin dejar de ser reaccionario, decía en 1829 que la dominación clerical siendo el mal deseo del siglo XIX (2). Desde entonces el ultramontanismo ha ido en creciendo, y en el día todos los hombres á quienes preocupa la libertad de los individuos y de los pueblos

se aterran de los progresos de una doctrina que hace imposible toda libertad.

También hay católicos que la aman; y cuando se les hace ver la ambición inmortal de la Iglesia, responden que esto es una calumnia ó una locura. "Es indudable, dice el conde de Montalembert, que no se trata de resucitar la Edad Media; esto es bien sabido, y no lo ignoran los mismos que nos arguyen con esa necia aprensión. Sería eso tan imposible como rehacer la Iliada y tan inútil como intentar de nuevo el sitio de Troya." (1). Sea enhorabuena: lo que se teme como un mal deseo es, en realidad, el más necio de los ensueños. ¿Qué haría un Gregorio VII en el siglo XIX? También nosotros creemos que no se resucitan las doctrinas de otra edad, como no se resucitan los cadáveres de los que las han difundido. Pero no nos fiemos demasiado en el poder de las ideas nuevas. Los principios son una abstracción, y los hombres son los que los hacen vivir; para que hagan su camino por el mundo es necesario luchar, y luchar siempre. Y no basta combatir á la aventura; se necesita ante todo conocer al enemigo á quien se quiere vencer. Si queremos que la libertad salga victoriosa de ese duelo á muerte, debemos hacer la guerra, no á las usurpaciones de la Iglesia, sino á la idea misma de la Iglesia. Los católicos, que cuando se habla de la dominación clerical contestan que eso es una antigualla ó que pertenece á la historia, ó son ciegos que rehusan ver claro, ó son cómplices que representan su papel en beneficio de la Iglesia. Que los hombres del pasado alimenten ilusiones ó procuren propagarlas, se comprende bien; pero no se comprende que los hombres del porvenir se tapen los ojos para no ver. Muéstranse muy satisfechos cuando la Iglesia se limita á reclamar su *potestad espiritual* y se contenta con su *libertad*, y no ven que las pretensiones ultramontanas que aterran á los unos y hacen sonreír á los otros son una consecuencia forzosa de esa *potestad espiritual* que ellos admiten de buen grado, y no se aperciben tampoco de que la *libertad de la Iglesia* es una máscara que cubre la servidumbre del Estado y de los individuos. Hay que subir al origen del mal. Si los papas y los obispos han vuelto á usar el lenguaje de los Gregorios y de los Inocencios, es por-

(1) La carta de monseñor Dupanloup se encuentra al fin de su folleto, en la trigésimatercia edición.

(2) LEO.

(1) MONTALEMBERT, *De los intereses católicos en el siglo XIX*, capítulo II.

que la reacción católica ha enaltecido á la Iglesia. Si se quiere poner á la sociedad moderna á cubierto del más funesto despotismo, cual es el que pesa sobre las inteligencias, es preciso atacarle en su principio.

II

Hemos dicho ya los monstruosos excesos á que llegó la omnipotencia en los papas en la Edad Media (1). Los canonistas deificaron á su ídolo, medio seguro en apariencia de someter para siempre los pueblos al yugo de Roma. Pero esa ilusión recibió un cruel desengaño en el siglo XVI; la revolución religiosa inaugurada por Lutero se dirigía principalmente contra el papado. Mas las lecciones de la historia no aprovechan gran cosa á los partidarios del pasado, ó mejor dicho, es casi imposible que comprendan sus enseñanzas los católicos de buena fe. ¿Qué vale un hecho para aquel que cree que el papado es de derecho divino? ¿Pueden los hombres sobreponerse á Dios? No hay, pues, que admirarse de que la reacción haya incurrido en pleno siglo XIX en las locuras de los canonistas romanos de siglo XIV. Y tal es la obcecación de los reaccionarios, que empeñados como están en ese movimiento de retroceso, le niegan y tratan de antigualla y de calumnia la idea de un retorno á lo pasado. Pero si las reacciones son ciegas, la conciencia universal no lo es; y cuanto más alto se levanta el poder pontifical más le rechaza; de forma que nunca está más cerca de su caída que cuando parece que toca en los cielos.

El conde de Maistre es el que ha inaugurado la reacción católica, y es también el que ha comenzado á exagerar el papel del papado en la Iglesia. Según él, no hay fe, no hay religión sin el papa (2). Para el que cree que la religión es la relación íntima del alma con Dios, aquellas palabras son un sacrilegio, y, sin embargo, todo el edificio del catolicismo descansa en esa impiedad. En una obra destinada á dar á conocer las creencias católicas;

(1) Véanse mis *Estudios acerca del Papado y el Imperio y acerca de la Iglesia y el Estado*.

(2) DE MAISTRE, *Cartas y opúsculos*, t. II, p. 235: «Si fuese lícito establecer grados de importancia en las cosas de institución divina, yo colocaría el orden jerárquico antes del dogma.» —IBID., p. 296: «Sin papa no hay soberanía; sin soberanía no hay unidad; sin unidad no hay autoridad; sin autoridad no hay fe.»

hemos leído «que la Iglesia es el prolongamiento de Jesucristo, es el divino Salvador acabando la obra de la Redención.» Y monseñor Laforet llega hasta decir que sin la Iglesia, «el Cristo no hubiese sido más que un brillante meteoro» (1). De lo que se sigue que la Iglesia es la que hace al Cristo y al cristianismo. Y como el papa es el jefe divino de la Iglesia, preciso es decir, con el conde de Maistre, que sin el papa no hay religión cristiana; es decir, que ya no hay religión. No falta más que un poco de imaginación agregada al espíritu de cálculo para poner al papa en el lugar de Dios.

Pues hé aquí á un hombre de imaginación: Donoso Cortés es tan extravagante, que por nuestra parte creemos de buen grado en su buena fe. Según él, el papado no es más ni menos que una imagen de la Trinidad; y todavía es decir poco; el papado y la Trinidad se confunden: «¡Qué magnífica monarquía aquella en que el rey es elegido y al mismo tiempo venerado, en que todos pueden ser reyes, permaneciendo, sin embargo, en la sumisión; en que el rey elige á los electores que después elegirán al rey; en que todos pueden llegar á ser electores, siendo todos elegibles! ¡Cómo no encontrar aquí el profundo misterio de la unidad engendrando perpetuamente la pluralidad que constituye por sí misma y perpetuamente su unidad! ¡Cómo no reconocer en esa monarquía tan extraordinaria la representación de aquel que, verdadero Dios y verdadero hombre, es la unidad y la pluralidad, la divinidad y la humanidad indisolublemente unidas! La ley oculta, según la cual se ha verificado la generación de lo uno y de lo múltiple, debe ser la más alta, la más universal, la más excelente y la más misteriosa de todas las leyes, puesto que Dios ha querido que todas las cosas estuviesen bajo su imperio, las humanas como las divinas... Una en su esencia, es infinita en sus manifestaciones; todo lo que existe, existe sólo para manifestarla, y cada existencia la manifiesta de una manera singular y nueva...» (2). Nos detenemos, porque el lector podría creer que le hemos introducido en una casa de locos. Fatalmente la locura pasa

(1) LAFORET, *Los dogmas católicos expuestos, probados y vendidos de los ataques de la herejía y de la incredulidad*, t. III, páginas 47-49.

(2) DONOSO CORTÉS, *Ensayo sobre el catolicismo* (*Obras*, tomo III, p. 62 y siguientes).

por una verdad divina, y esa pretendida verdad tiende á encadenar la humanidad al pie de un hombre. «No, dice Donoso Cortés, porque en la monarquía pontificia hay esto de admirable, que en cuenta sus límites dentro de sí misma, que no proceden de una voluntad extraña, sino de su propia voluntad, quien se los impone es su ardiente caridad, su humildad prodigiosa...»

Esto es pura y simplemente locura; sin negar que el cálculo tenga también su parte en las deificación del papado. Si el papa es uno con Dios, todos cuantos participan más ó menos de su poder se encuentran por ello elevados sobre la condición humana. Constantino, el piadoso emperador, decía á los obispos: «Vosotros sois dioses.» El orgullo se embriagaba fácilmente con la adulación, sobre todo cuando va acompañada de positivas ventajas. Esto explica el grosero incienso que quemaron al pie de su ídolo los obispos reunidos en Roma para asistir á la declaración de la Inmaculada, bien entendido que incensando al papado se incensan á sí mismos. Los galicanos, olvidando que son los sucesores de Bossuet, se arrodillan ante la infalibilidad pontificia: «El papa solo, dicen ellos, es el maestro infalible de la fe.» Decir á un hombre que es el órgano de la verdad absoluta, el maestro de la verdad, ¿no es tanto como decir que ese hombre participa de la naturaleza divina? «Tiene la autoridad de Jesucristo, continúan los obispos, la autoridad de Dios. El papa, no solamente abre el cielo, conversa familiarmente con Jesucristo y conoce los consejos secretos y los misterios de Dios.» El respeto de los obispos al santo padre se manifiesta con una misión tan baja, que se diría que eran salvajes ante su ídolo. Oigamos á uno de esos esclavos mitrados: «La turbación y el temor ahogarían mi voz, mi lengua quedaría pegada á mi paladar y no podría proferir una sola palabra, si la santa obediencia no me impusiese el deber de hacerlo» (1).

No falta más que traducir esa idolatría en doctrina para el uso de los fieles; y aquí el cálculo da claramente la mano á la locura, lo cual hace ya menos divertido el espectáculo. Vamos á oír á un joven prelado que ha puesto su facundia al servicio del ultramontanismo. Los papas se llaman los

vicarios de Cristo; pero eso no basta al celo de monseñor de Ségur, para quien el papa es un *segundo Cristo* que tiene su trono en Roma: «*El papa es Jesucristo en la tierra; y es con respecto á Cristo, en cuanto á la autoridad, lo que es el Cristo con respecto á Dios su Padre.*» Monseñor tiene cuidado de añadir que habla *con todos los doctores* (1). Que se recuerde bien lo que es Jesucristo en la doctrina católica: Hijo de Dios, coeterno con el Padre, es Dios en esencia. Decir que el papa es Jesucristo, es, por consiguiente, identificarle con la divinidad. Y todavía hay que hacer esa divinidad bien sensible á los creyentes. En el catolicismo, todo toma una forma exterior: Jesucristo, el Dios invisible, se muestra todos los días á sus adoradores en un sacramento; y más todavía, aquéllos comen su cuerpo y beben su sangre. Pues siendo el papa uno con Cristo, llega también á ser una *especie de sacramento*; la frase es de monseñor de Ségur. De Maistre había puesto en esto cierta reserva: «Se siente, decía él, *si es lícito expresarse así*, yo no sé qué *presencia real* del soberano pontífice en todos los puntos del mundo cristiano.» El prelado ultramontano usa de menos miramientos y dice: «*El papa es el sacramento de Jesús.*» (2).

Estamos en plena idolatría. Cuando los hechiceros hacen juegos de cubiletes entre los salvajes para hacerles creer que están en confidencia con sus fetiches y que participan de su poder, abusan de la credulidad humana con un objeto de lucro. Si el papa es un dios sobre la tierra, es que él quiere también representar el papel de Dios. Por de pronto participa de su sabiduría infinita mediante su infalibilidad. «Es el vicario de la verdad infalible, el supremo doctor de todos los cristianos, de todos los concilios, de todos los obispos, de todos los doctores. En cuanto concierne directa ó indirectamente (3) á los derechos de Dios y al bien de las almas, el papa es el doctor supremo de todos los reyes y de todos los pueblos cristianos, de todas las instituciones humanas, de todas las ciencias y de todas las leyes.» En otro tiempo, la Iglesia se hallaba dividida respecto de la infalibilidad pontificia; los galicanos no la admitían, y tenían para

(1) SÉGUR (monseñor de), *Le Souverain pontife* (Paris, 1864), páginas 72, 201, 202.

(2) M. DE SÉGUR, *Le Souverain pontife* (Paris, 1864), p. 198.

(3) El que lo subraya es el mismo prelado (M. DE SÉGUR, *Le Souverain pontife* (Paris, 1864), p. 206).

(1) STAP, *Études sur le nouveau dogme de l'Immaculée Conception*, p. 101-104.

ello muy buenas razones. La tradición ignora ese pretendido dogma; y ¿qué digo? atestigua que ha habido papas que se han engañado grandemente en materias de fe. Gerson y Bossuet no conocían semejante infalibilidad. Pero monseñor de Ségur afirma que *todos* los monumentos de la Iglesia atestiguan esa creencia; no conoce más que la declaración de 1682 que la sea contraria; es un *eclipse*, y los eclipses testifican á favor del sol y no contra él (1). Hay también sabios doctores que pretenden que los papas se han engañado; monseñor declara que no saben lo que se dicen y que mienten.

¡Mienten! Vamos á ver quién es culpable de mentira. Los ultramontanos, hasta los más moderados, dicen que la historia, tal como la han escrito los librepensadores, es una alteración constante de la verdad. "La historia-mentira, dice el conde de Montalembert, la historia-parodia, la historia-declamación, á la manera de los Voltaire, de los Dulaure y de los Schiller, que han formado la educación de nuestros padres, apenas sería hoy tolerada en un folletín," (2). Si el señor conde dirigiese esas acusaciones á sus amigos los reaccionarios, aun podría añadir los fraudes piadosos y las falsificaciones innumerables que se han permitido los católicos en medio de su santo celo por el honor de Dios y de la Iglesia, su Esposa. ¿Quién no sabe que los escritos de San Cipriano fueron alterados por falsarios para transformar á un defensor de la soberanía episcopal en un partidario del papado? La falsificación es material, y está reconocida por los padres benedictinos, lo cual no impide á monseñor de Ségur el reproducir el pasaje añadido (3). Otro obispo, y uno de los más doctos, se atreve á invocar la autoridad de San Cipriano en una pastoral destinada á la instrucción de los fieles (4). ¿Cómo calificará Montalembert la historia escrita á la manera de esos señores obispos?

La infalibilidad del pontífice ha venido á ser un dogma tan incontrovertible como el de la divinidad de Jesucristo. Los imprudentes adoradores del papado no ven que, identificado su ídolo con

(1) M. DE SÉGUR, *Le Souverain pontife* (Paris, 1864), p. 210 y siguientes.

(2) MONTALEMBERT, *De los intereses católicos en el siglo XIX*, capítulo II.

(3) M. DE SÉGUR, *Le Souverain pontife* (Paris, 1864), p. 50.

(4) *Pastoral de M. Malou*, obispo de Brujas, en la cuaresma de 1857 (*Le Bien public*, du 25 février 1857).

Jesucristo, comprometen el fundamento del cristianismo tradicional. ¡Hasta los niños saben hoy que han sido los concilios los que ejercieron en otro tiempo el soberano poder, y se pretende hacer creer que los papas han sido siempre los *maestros de la verdad*! Nada más fácil para los ultramontanos, acostumbrados á negar, afirmar y falsificar. El procedimiento no puede ser más cómodo; es el de los que comparecen ante los tribunales de justicia por ser tan hombres de bien. "Si hay en el derecho canónico un punto incuestionable, es el de que no existe ni puede existir concilio ecuménico sin el papa." Así lo dice M. de Ségur, y añade que todos los concilios universales han proclamado la soberanía de la santa sede (1). Los textos auténticos, los anales mismos de la Iglesia, desmienten rotundamente esas afirmaciones de la ignorancia y del cálculo. Pero ¿qué importa? ¿Por ventura tratan de examinar los textos aquellos lectores á quienes van dirigidos los libros piadosos y las pastorales? No por cierto, creen sencillamente en la palabra de monseñor. Así es como se ciega y se vicia la conciencia. Y que no se quejen de la severidad de nuestras palabras, porque una autoridad que se llama divina y que se apoya en falsedades subleva y pervierte el sentido moral, y es indispensable anatematizar á los hombres que en pleno siglo XIX se hacen culpables de tal infamia, como marcaba antes el verdugo á los criminales con un hierro candente.

Un falsario se aprovechó de las tinieblas de la Edad Media para forjar decretales que atribuyó á los primeros obispos de Roma. Fué aquella una exaltación del papado apoyada por un crimen. ¡Lástima que la imprenta y la ciencia moderna hayan hecho insostenible esa obra en el siglo XIX! Pero M. de Ségur hace lo que puede, y cuando menos, hay que agradecerle su buena voluntad. Llama á las falsas decretales *documentos dudosos* y dice que se *puede cuando menos sospechar de ellos* (2). Como se ve, monseñor se pone guantes para tocar á ese piadoso fraude; ó mejor dicho, siente que las decretales sean falsas, y no está muy seguro de que lo sean; son dudosas, dan lugar á sospechas. La fe, que transporta las montañas, ¿no podría disipar esas nubes? Verdad es que las falsificaciones

(1) M. DE SÉGUR, *Le Souverain pontife* (Paris, 1864), p. 156 y siguientes y 189.

(2) M. DE SÉGUR, *Le Souverain pontife* (Paris, 1864), p. 115.

históricas de M. de Ségur no valen menos que las del siglo IX. ¿Qué es lo que pretendía el falsario de la Edad Media? Sentar la doctrina de que el papa es el soberano de la Iglesia, y que lo ha sido siempre, hasta cuando no había papado. Pues monseñor dice eso mismo: "El pontífice romano ha ejercido desde el origen la autoridad soberana," (1). ¡Prueba de ello, San Pedro reprendido por San Pablo y obligado á ceder en la cuestión capital que traía ya dividido al cristianismo naciente, y de la cual dependía el porvenir de la nueva religión! La falsedad moral ha reemplazado á la falsificación material; hé ahí la diferencia entre los ultramontanos del siglo XIX y los de la Edad Media.

III

Los que hacen moneda falsa quieren enriquecerse con el crimen. Pero nuestros ultramontanos cuando más, son culpables de piadosos fraudes: su único objeto es la salvación de las almas. Y como los hombres no pueden salvarse sin la Iglesia y sin el papa, vicario de Dios, hasta es una obra meritoria el inculcar en los ánimos la creencia de la divinidad de los papas. La santidad del fin justifica los medios. Falta saber solamente si la salvación de las almas es la única preocupación de los ultramontanos. Pero esa es la máscara, como de costumbre. Veamos lo que hay debajo.

Un papa que merece en cierto sentido el título de Grande que le ha dado la historia, San Gregorio, se negó á tomar el dictado de obispo universal (2). Los pontífices modernos son menos modestos, aunque, para ser justos, hay que decir que los obispos corren á poner el cuello bajo el yugo con sus adulaciones y su servilismo. En una pastoral del obispo de Brujas se lee: "Á la cabeza del episcopado ha puesto Dios al soberano pontífice, sucesor de San Pedro, vicario de Jesucristo en la tierra, jefe visible de la Iglesia católica, *pastor de los pastores, obispo de los obispos, que en cierto modo resume en sí todo el episcopado*," (3). Ese en cierto modo es un eufonismo muy del gusto de monseñor Malou, pero que no quita nada al poder soberano del papa. Luis XIV decía: el Estado soy

(1) M. DE SÉGUR, *Le Souverain pontife* (Paris, 1864), p. 115.

(2) Véase la parte quinta de estos *Estudios*.

(3) *Pastoral de M. Malou*, obispo de Brujas, en la cuaresma de 1857 (*Le Bien public*, du 25 février 1857).

yo. Pero lo que se tiene por exceso de despotismo en los reyes es un derecho en los papas. M. de Ségur dice: "El soberano pontífice no es toda la Iglesia, no es todo; pero *por de pronto tiene el todo*, y de él pasa á los otros, á quienes se les distribuye por partes. El tiene *por de pronto el todo*, la doctrina, la jurisdicción, el ministerio, la reconciliación, los sacramentos, la salvación, el Espíritu Santo, á fin de transmitirlo y de mantenerlo vivo en la universalidad de los miembros," (1).

Esa fraseología teológica encubre poderes muy positivos. Vamos á ver la misma doctrina de las falsas decretales en boca de un obispo del siglo XIX: "Es de fe, dice M. de Malou, que el soberano pontífice ha recibido de Dios el *pleno poder de gobernar* la Iglesia universal; que á él solo corresponde el derecho de elegir y de confirmar todos los patriarcas, arzobispos y obispos del mundo, y la *historia de la Iglesia* demuestra que los decretos de los concilios generales no han tenido nunca fuerza de ley sin su aprobación," (2). La *historia* que el obispo de Brujas invoca es la historia escrita á la manera de las falsas decretales, y lo que declara como de fe está desmentido por los anales auténticos de la Iglesia. Lo que un M. de Ségur afirma á diestro y á siniestro puede tener disculpa en la ignorancia; pero cuando un prelado notable por su ciencia teológica, cuando un profesor de la universidad altera la historia con semejante audacia, haciéndola decir lo contrario de lo que dice... ¿qué hay que pensar de los obispos, de la Iglesia y del papa?

M. de Ségur pregunta en uno de esos pequeños opúsculos que se reparten á cinco céntimos *si el único objeto de la autoridad del papa es el dogma*, y responde que no. "Jesucristo ha encomendado á los pastores de su Iglesia, no sólo el dar á conocer y hacer practicar á los hombres toda verdad, sino también toda justicia, toda moral y toda virtud. La Iglesia está establecida por Dios como madre espiritual, y maestra infalible de todos los hombres, de los pueblos así como de los individuos, de los gobernantes lo mismo que de los gobernados. Esa misión abraza mucho más que el dogma. *Todas las cuestiones humanas, cualesquiera que ellas sean, desde el momento que interesan á la conciencia y á las*

(1) M. DE SÉGUR, *Le Souverain pontife*, p. 203.

(2) *Pastoral de M. Malou*, obispo de Brujas, en la cuaresma de 1857 (*Le Bien public*, du 25 février 1857).